

RAFAEL RAMÍREZ ESCOTO

OFFICIUM DEFUNCTORUM

(2004)

Rosario, la hija de Joaquina, lo telefoneó a media tarde para comunicarle que tata Mimí había muerto de una embolia pulmonar a los sesenta y ocho años. Si un viernes, a las diez de la noche, podía aparcar en la Cuesta de las Calesas, se consideraría un hombre afortunado. Antes de resignarse a dejar el coche en el aparcamiento subterráneo del Paseo de Canalejas, probaría suerte una vez más. Tata Emilia, la más joven de las tres hermanas, la de manos cariñosas, la de ojos soñadores, muere de una embolia pulmonar en un frío amanecer de un viernes de Cuaresma. Justo un poco antes de iniciar el giro alrededor de la fuente de la Plaza de Sevilla, vio en el reflejo del retrovisor a una pareja que se montaba en un abollado Seat Ibiza. Muere a los sesenta y ocho. Sesenta y ocho me dijo Rosario, la hija de Joaquina. Joaquina, la mayor de las tres. Seria y seca, con manos de piedras frías y ojos de líquidos fríos. Suplicó para que ningún otro coche ocupara el hueco que iba a quedar vacío en mitad de la Cuesta de las Calesas. Es extraño que no la velen en el tanatorio de la Zona Franca. Frenó con decisión, y de forma resolutiva metió la marcha atrás. El auto rugió con maneras de león amaestrado. Antes de que el conductor del viejo Ibiza le hubiese dado al contacto, Nicolás Sambruno permanecía ya al acecho, impaciente por ocupar el sitio que iba a quedar libre. El intermitente derecho de su flamante Volkswagen refunfuñaba luminoso a intervalos regulares. Qué lástima de cena con Marisa. Mañana le regalaré flores. ¿Cuánto tiempo hace que no sé nada de las tres hermanas? Me parece que mamá se peleó con ellas, o discutieron por tonterías, cosas de la familia, rencillas que heredaron de las madres de ellas. Yo me alegré de que se enfadaran. No me gustaban ni Joaquina ni Sagrario. Me alegré porque dejamos de ir a aquella casa. Pero tata Mimí era distinta. Conmigo era generosa, me regalaba caramelos de anís, y me contaba historias terribles que sucedían en países fantásticos, y me besaba despacito, y me acariciaba el pelo mientras me susurraba al oído que yo era su sobrino predilecto. Tenía nueve años y tata Mimí me prometió que me regalaría su álbum de sueños cuando yo me hiciera mayor. Nicolás cerró la portezuela del auto; mientras, por su cabeza pasaban escenas dislocadas de su infancia en las que participaban como actrices fantasmales las tres primas de su madre.

Se subió el cuello de la cazadora. Aunque el cielo estaba despejado y la luna, sentada regia en la cúspide de la noche, mostraba su hinchado rostro de vieja escrutadora, el relente del muelle cercano se le adhería a la piel como un

lametón frío y gelatinoso. Nicolás se detuvo ante el paso de peatones de la antigua Fábrica de Tabacos. Encendió un cigarrillo. Expulsó una bocanada de humo. Miró la esfera de su reloj de pulsera: las diez y media. Motocicletas de gritos salvajes y automóviles de musculosos bronce y cromados galácticos desollaban el asfalto. El hombrecillo se puso verde. En la mitad justa del paso de peatones, Nicolás se cruzó con una chica vestida de negro que forcejeaba con una abultada maleta. Olió un perfume vago de melenas y suspiró. Cuando hubo avanzado unos cuantos metros, giró la cabeza y vio que la chica se perdía entre los accesos a la cercana estación de ferrocarriles. Un rumor de campanas procedente de recónditas iglesias se desperdigó por el aire. Hace años que no sé nada de ellas. Cuando papá murió, ni siquiera llamaron por teléfono, y desde que mamá quedó postrada... No sé, a lo mejor tata Mimí pensó en mí y les dijo algo a las otras antes de morir. En las inmediaciones de la Iglesia de Santo Domingo unos golfillos jugaban a la pelota y unas muchachitas reían las ocurrencias de uno que imitaba a chuscos personajes de infames programas televisivos. Quizás estén arrepentidas, quizás han olvidado, son ya mayores, unas viejas, con el tiempo la gente se olvida de todo, incluso del dolor. Accedió a la calle Sopranis, giró por una empinada y corta callejuela, y finalmente desembocó en la Plaza de la Merced.

Un desgarró en su ánimo lo arredró. Sintió el miedo de su infancia. Había recuperado una sensación: un segundo de inasible desconsuelo. Dio la última chupada al pitillo y lo estrelló contra el suelo. Miró hacia arriba. Ominosa relucía, bajo los rayos de la luna, la torre de la Iglesia de la Merced. La plaza, aquí estoy en la plaza, y la torre blanca y roja con la cúpula que es una cabeza inquietante, una calavera; y ahora ellas, perdidas en una de esas casas decrepitas, en la noche y el frío del relente y el silencio. Le embargó el desagradable sentimiento de que una entidad reservada y maligna lo había estado esperando paciente desde los tiempos de su niñez, y ahora, al fin, entre los muros de una de esas casuchas se iba a producir el inevitable encuentro. Encendió otro cigarrillo. Venga, hombre, que no se diga, que tengo cuarenta y dos tacos.

Frente a él se alzaba, con la suficiencia de un enigma pretérito, una fachada de podridas piedras donde asomaban como bocas desdentadas balcones desvencijados y ventanas cubiertas por rotas persianas. Permaneció en el sitio, mientras acababa el cigarrillo, contemplando la cuadratura incierta de la plaza, los edificios aledaños, el antiguo mercado, que por esos días estaba

siendo reformado, la iglesia barroca, la torre. El lento y penoso escrutinio concluyó donde se inició, en los perfiles gibosos de la infeliz casa donde unas viejas velaban el cadáver de otra vieja. Decidido, pues, a enfrentarse con Joaquina y Sagrario, pulsó el botón del telefonillo. La voz agria de Rosario preguntó. Un chasquido metálico le cedió el paso. Empujó la cancela de gris plomizo y se adentró por un largo pasillo. Antes de perderse en la penumbra del patio comunitario, se detuvo sobre un suelo de lajas de Tarifa. Ahora la sensación de miedo infantil era de una pureza máxima. Intentó ceñir su pensamiento con palabras; quiso definir su angustia, pero sólo se daba de bruces una y otra vez con aquel desconcertante estremecimiento, no le valían palabras como fosa, sombra o gruta; acaso, desconsuelo. Había vuelto a donde pensaba que nunca iba a volver, a donde, desde hace años, tenía el convencimiento de que nunca iba a volver. Sin embargo, la casa y tía Emilia lo habían traído, lo habían hecho regresar.

Sumido en las sombras del patio vecinal, apenas acertó a dar al interruptor de la luz. Ascendió por la dificultosa escalera de gastada piedra. Un rumor de cuchicheos y eflujos de raros lamentos le anunció lo que acontecía en uno de los pisos de la segunda planta. Cuando Rosario abrió la puerta, Nicolás comprendió, sin poder evitarlo, que estaba cumpliendo con un rito antiguo, satisfaciendo una deuda nunca reclamada. Ella se plantó hierática en el umbral. Su pelo negro, recogido en un voluminoso moño, relucía como el casco de un guerrero que se afana por acabar con la vida de los enemigos. En el centro de los enrojecidos ojos de la mujer chispeaban puntas de cuchillos. Nicolás rehuyó la mirada de su lejana prima y habló para decirle que sentía la muerte de la tía Emilia. Rosario se apartó para dejarle paso. Nicolás recorrió un retorcido y otrora familiar vestíbulo de paneles acristalados. La casa olía a cera, a pescado podrido y a semillas de espliego quemadas. En una habitación, apenas iluminada por una triste bombilla que pendía desnuda del techo, un grupo de personas se recogía en un quebradizo silencio. Algunas de las mujerucas emitían un prolongado suspiro que resolvían con una frase hecha sobre la fatalidad del destino; los hombres fumaban, y entre bocanadas de humo comentaban con breves sentencias las virtudes de la finada. Nicolás dio respetuosamente un “buenas noches” que los concurrentes devolvieron de distintos modos: algunos ejecutaron una simple inclinación de cabeza, otros emitieron palabras ininteligibles. Nicolás notó que lo miraron con la curiosidad y el descaro de los que se saben dueños de un sitio y una posición ventajosa.

Sin embargo, Nicolás no permaneció en la estancia donde se encontraban reunidos los vecinos y allegados, sino que la cruzó con pasos indecisos hasta que alcanzó una habitación lateral que protegía una puerta a medio cerrar.

Dos grandes hachones, que custodiaban los flancos del féretro de tía Emilia, alumbraban el aposento con espasmos enfermizos. A la cabecera, un vigoroso crucifijo colocado sobre una mesa cubierta con terciopelo negro reverberaba con fulgores sangrientos. El rostro pálido y sereno del cadáver, sobre el que bailaban tétricamente a dúo los débiles resplandores de las caprichosas llamas, hizo suponer a Nicolás que la muerte no había sido dolorosa. Joaquina y Sagrario, vestidas de negro de los pies a la cabeza, surgieron de entre las sombras y se aproximaron a aquel lejano familiar que tanto las temía. Una de ellas habló y Nicolás oyó un quejido de miserere y un desgañitarse de ave agorera. Besó a las dos, pero aquellos besos, sobre aquellas pieles envejecidas y frías, le devolvieron el llanto y el desconsuelo olvidados de su infancia. Él, naturalmente, las recordaba con treinta años menos; mas ahora, cuando ellas se habían convertido en unas harpías malolientes y pellejosas, el miedo se había densificado hasta ahogarlo en la atmósfera de una jungla de abominaciones, osarios y carroña. Los grandes cirios lagrimeaban lívida cera. Una tos impropia le descubrió a un hombre de rostro enjuto y cuerpo espigado que vestía camisa blanca y traje negro. Junto a él, sentadas y casi ocultas entre las sombras, creyó ver a dos niñas engalanadas con luctuosas vestimentas y anchos lazos negros en los cabellos. En el otro extremo de la habitación, arrebuajadas en un caos de sillas, un grupo de plañideras murmuraba y gemía. Joaquina y Sagrario volvieron a sus respectivos asientos, junto al ataúd, con andares cansinos. Rosario le ofreció una silla a Nicolás que éste aceptó con gesto sumiso. Desde su posición, Nicolás podía ver el cuerpo amortajado de tata Mimí, su plácido semblante, el ajetreo rojizo de las llamas, una mesa sobre la que se diseminaban estampas y estatuillas de vírgenes y santos: Santa Gemma, San Expedito, Santa Imelda, San Cipriano, San Judas Tadeo y otros tantos; el conciliábulo de las lloronas, el enorme crucifijo que parecía presidir con su dramático Cristo desgarrado el velatorio, y, de soslayo, también podía controlar al hombre alto acompañado de las dos pequeñas demacradas y mudas.

En la habitación sólo se oían sílabas crípticas que se despegaban penosamente de los labios resechos de las viejas y el ruido subterráneo de las respiraciones pesadas. Aquellos rezos, mezclados con los vaivenes erráticos de

las llamas crepusculares y con las fragancias de las coronas y guirnaldas de flores que estaban depositadas a los pies del féretro, confundieron el ánimo de Nicolás: sus ojos empezaron a padecer un irresistible hormigueo y su mente se extravió de tal manera, que los rostros huesudos y marchitos de aquellas santurronas le parecieron calaveras que lo espiaban. Sintió que sin remedio se dormía, que los párpados le pesaban como las puertas blindadas de una cámara acorazada. Y los párpados cayeron durante unos cuantos segundos. Nadie hablaba. Sólo el murmullo hipnótico de los rezos persistía entre aquellas paredes adornadas humildemente con borrosas fotografías de antiguos familiares. Gente muerta que lucía en aquellas imágenes viradas al sepia sus mejores galas. Muertos que también parecían observar el breve instante de inconsciencia de Nicolás. Un golpe seco en el hombro lo despabiló. Nicolás dio un súbito respingo. Rosario, plantada ante él, movía despacio los labios, pero él no lograba entender qué era lo que le musitaba. La mujer tuvo que acercar su boca al oído de su primo. Una ración de aliento caliente y fangoso le salpicó el rostro. "Tata Mimí dejó algo para ti. ¿Te acuerdas del álbum de sueños, que tanto querías de chico? Ella lo ha dejado para ti en el viejo lavadero de la azotea. Ahora lo utilizamos de trastero. Toma la llave. El álbum está sobre la mesa." Nicolás se incorporó de su asiento. Le pareció que las dos niñas esbozaron unas imperceptibles sonrisas o lo que acaso eran sendos rictus nerviosos. Atinó a decir una sarta de palabras inconexas y salió de la habitación. En el cuarto contiguo, donde antes había un grupo de vecinos, no quedaba nadie, sólo permanecían las sillas vacías alineadas contra las paredes. Miró su reloj: las doce y tres minutos, medianoche y comienzo del sábado. Con lo bien que estaría ahora con Marisa en uno de los veladores de esa cafetería a la que nos gusta ir después de cenar. Anheló un cuba libre, pero, mientras subía por estrechas escaleras hacia la azotea, se limitó a encender un cigarrillo.

Antes de abrir la puerta del lavadero, se apoyó sobre uno de los pretilos de la azotea para terminar de fumar su cigarrillo. Contempló la vastedad de la noche que era un palio de duras obsidianas. Como un fantasma de sudario blanco veteado por rojas venas de almagre, en el otro extremo de la plaza, vio la humilde torre de la iglesia que le pareció, sin embargo, magnífica y firme en su ascenso hacia la negritud posesiva del universo. En la atmósfera desértica y onírica de la Plaza de la Merced resonaron los ecos de las campanadas musicales del cercano reloj del Ayuntamiento. Sintió entonces lástima por su vieja tata y unas lágrimas empañaron los ojos de Nicolás. Ella, al final, se ha

acordado de mí. Me prometió su álbum y ha cumplido su promesa. Aunque mamá dijera que las tres hermanas eran malas, no es cierto. Sagrario y Joaquina puede que sean malas personas, unas mojigatas de mal carácter; pero tata Mimí, no; ella era dulce, con un gran corazón. Los recuerdos se le presentaron nítidos. Se vio con nueve o diez años, llorando porque la forma de mirar de Joaquina lo asustaba, mientras que tata Mimí lo apretaba contra su pecho y le besaba el pelo y le decía que no se preocupara; luego, más calmado, se sentaban los dos a contemplar las estampas del álbum de sueños. Mira, le decía tata Mimí, un día vamos a ir los dos de viaje a este sitio tan bonito.

Un tubo fluorescente iluminaba el viejo cuartucho donde en tiempos ya olvidados las mujeres lavaban en toscas piletas de barro cocido. Baratas estanterías acumulaban un sinfín de menudencias: libros roñosos, muñecos de trapo, cajitas, figurillas de cerámica. De las paredes colgaban cuadros de santos y vírgenes que sin reparos exhibían descarnadas llagas en manos, pechos y tobillos, aureolas deslumbrantes que coronaban guedejadas seráficas y córneas immaculadas que contrastaban con las pieles tiznadas de los rostros extáticos. En el centro del recinto una mesa camilla cubierta con un paño oscuro parecía ser la reina de tanta confusión de cacharrería sin sentido. Sagrario y Joaquina, tan parecidas, no sólo en sus rasgos, sino también en sus oscuras maneras de beatas de confesonario y misa diaria, en los escasos acontecimientos destacables de sus grises y agrias vidas. Ambas se casaron a la vez, allá a mediados de los 50, con hombres insulsos, trabajadores resignados que sólo abrían la boca para tragar la sopa que ellas les ponían por delante. Y ambas enviudaron por las mismas fechas, a principios de los 70, creo recordar; y ambas, casi al unísono, parieron sendas criaturas lloronas, pero sólo Rosario sobrevivió a su prima que, con apenas unos días, murió. Soltera, sin embargo, permaneció tata Mimí. Cuando yo le preguntaba por qué no se había casado, ella me respondía con voz cantarina, con esa desvergüenza propia de quien sabe que gasta una broma inocente, que yo era su novio y que jamás se enamoraría de otro hombre.

En el centro de la mesa, resplandeciente, reposaba el álbum de sueños. Era un respetable cuaderno con tapas de cartón duro y papel marmoleado, de hojas grandes, amarillentas y recias, sobre las que tía Emilia a lo largo de toda una vida con amorosa paciencia había ido pegando postales, recortes de revistas, programas de mano, en fin, todo un universo personal de memorias ficticias y deseos que nunca fueron satisfechos. Nicolás abrió al azar el álbum.

Fue como si sus manos se hubiesen posado sobre un ser sagrado e insubstancial, como si por un momento sus manos hubiesen atrapado el frágil cuerpo de los recuerdos y lo hubiesen estrechado contra su propio pecho. En lo que dura un chispazo, volvió a ser niño, un niño de nueve años enamorado de las quimeras que una mujer madura le presentaba, como si la visión de aquella colección de estampas ajadas fuera el más glorioso acontecimiento desde los tiempos de la Creación. Sobre un fondo de intenso azul cobalto espolvoreado de estrellas, por encima de un cúmulo de luces urbanas, imperial, de aspecto acerado, se alzaba el Big Ben. Cruzando de lado a lado el diminuto cielo de la postal, se destacaba la palabra LONDON, impresa con caracteres enérgicos hechos de duras líneas que contenían apenas la furia cromática de un vibrante amarillo cadmio. Y justo al lado, el rostro enigmático de Capucine, la foto del rostro de la actriz que provocaba en el niño Nicolás un estremecimiento de saliva y oscuros latidos. Junto a aquella dama posaban también Pier Angeli y Silvana Mangano; y en otras páginas, Anouk Aimée, Alida Valli y Audrey Hepburn y decenas de actrices de las que retenía aún frescos en la memoria los seductores perfiles, mas cuyos nombres había olvidado. Sus dedos acariciaron con lentitud el papel donde perduraban impresos, ya en blanco y negro, ya en rancias tonalidades, aquellos semblantes pícaros, aniñados o severos. Su mente celebró con pueril emoción y alborozo el reencuentro con las remotas imágenes de los antiguos programas de mano: *El secreto de Mónica*, con Carmen Sevilla; *El baile de los caminantes*, con Annie Ducaux; *Secreto tras la puerta*, de Fritz Lang; *Operación Cicerón*, con James Mason; *Una vida marcada* y *Alma en la hoguera* y *Tú matarás*. Las hojas se abrían y se cerraban; una y otra vez se desplegaban y se agitaban como las alas de un ave fabulosa que inicia con un estallido de colores irreales un vuelo hacia remotos países más allá de los confines del horizonte. MIDNIGHT Zephyr 2000 New York-Los Angeles. El tren en el que decía tata que un día íbamos a viajar. Un tren de diseño futurista que le recordaba los decorados de Metropolis. Se extasió contemplando la máquina con su enorme faro como ojo de cíclope que alumbraba perenne una noche de pasión en vagones que recorrían de orilla a orilla un mundo de fantasía. Su mirada pasó de la estampa del tren a una en la que densos vergeles enmarcaban a unas figuras que, ataviadas con turbantes y largas túnicas blancas, cruzaban montadas en acémilas una rivera de aguas dóciles. Sobre un fondo de altas palmeras azulencas y verdosas que se recortaban contra cielos de ámbar y oro, unas letras de tipografía modernista anunciaban el OASIS DE

NEFTA. Tata Mimí le explicó que un oasis es para los geógrafos lo mismo que un instante de felicidad para las demás personas. Oasis de Nefta, repitió en un susurro Nicolás. Oasis de Nefta. Había tocado la piedra fundamental de su infancia. Cerró el álbum. Las lágrimas volvieron a sus ojos. Encendió otro cigarrillo. Se sentó y aspiró el humo a conciencia. Se percató de que junto al álbum, en el otro extremo de la mesa, había un cuadernillo. Era un cuadernillo escolar de burda portada y cosido con grapas. Sobre él se había escrito con letra curva y precisa la palabra "cuentas". Lo abrió con desgana, como para darse una ocupación mientras acababa el pitillo. Conforme leía lo que se había escrito en aquellas páginas pautadas, la tensión y la pesadumbre en el ánimo de Nicolás crecieron.

Las páginas pasaron ante sus ojos como los caprichos poblados de trasgos que asedian a los moribundos en sus deliquios previos al estertor. Eran anotaciones que se remontaban a 1972, poco después de que las hermanas enviudaran. Nombres y cifras se mezclaban igual que se mezclan las aguas torrenciales de un río con las del mar. Nicolás leyó, una a una, todas las anotaciones.

Doce de abril de 1989, Manuela B., 25.000 Ptas., mal de ojo, Joaquina y yo, enferma y muere el 16. Tres de mayo de 1989, Conchi la de la mercería, maldición, yo, muere al día siguiente, 50.000 Ptas. Veintiuno de junio de 1989, Juanelo el del bar de la calle Sopranis, conjuro, Sagrario y yo, se mata con el coche, 25.000 Ptas. Siempre la misma letra: menuda y graciosa. Las páginas se deslizaban como eslabones de una cadena que en señal de penitencia arrastran pies doloridos en un cortejo procesional. Ocho de diciembre de 2001, Ambrosio P., las tres juntas, oraciones de las tinieblas, enferma de SIDA, 400 euros. Diecisiete de enero de 2002, recién nacido, invocación y sacrificio, Joaquina y yo, muere el veintitrés de enero de 2002, 800 euros. Nicolás volvió a fijarse con detenimiento en las estanterías. Leyó los títulos de los libros roñosos. Eran libros de brujería donde se detallaba cómo maldecir, realizar conjuros y hechizos, invocar a santos y diablos. Los muñecos de trapo, las cajitas con diversas sustancias, las velas de distintos colores eran -qué iluso por no haberme dado cuenta antes- los útiles para realizar rituales de santería y magia negra. Cuatro de febrero de 2002, viuda de Gervasio, yo sola, mal de ojo, se queda ciega, 200 euros. Negocio de J. Pérez, ruina. Ramón A. y Paqui C, separación. Inés L., estéril. Juan R., cáncer de pulmón. H. Gómez. Adelaida P. Jacinto G. Manuel el del refino. María C. Infarto. Hepatitis. Quiebra. Aborto.

Cárcel. Leucemia. 300 euros. 500 euros. 800 euros. 1000 euros. Yo, Sagrario y yo. Joaquina y yo. Joaquina y Sagrario y Yo. Yo y yo y yo. Y aquel yo, aquel yo que lo apretaba contra su pecho, que le besaba tiernamente el cabello, que lo consolaba mostrándole las imágenes de un mundo hecho de sueños, yacía ahora amortajado entre las sombras, unos cuantos pisos más abajo.

Percibió una respiración silbante y lenta a sus espaldas. Giró la cabeza. No vio a nadie. La brisa de la noche que se filtra por las grietas, esta casa es una vieja ruina, una casa llena de demonios, nada más que eso. Nunca he creído en espíritus ni en chaladuras esotéricas, y no voy a empezar a creer ahora. Esto ha sido una encerrona, una trampa de esas dos tarascas y de Rosario, que ha heredado de su madre esa mirada ladina y turbia. Ellas quieren que yo crea que tata Mimí fue tan mala como lo son ellas. Mentiras. Son unas mentirosas. Seguro que el cuaderno lo ha escrito Joaquina. Ha sabido imitar la letra de tata Mimí. Además, ¿cómo me voy a creer que por medio del rezo de unas oraciones y la quema de unos hierbajos se pueda enviar a alguien a la cárcel, causarle pérdidas y ruina, esclavizarlo a las drogas o incluso, más allá de todas esas fatalidades, provocarle una muerte súbita? Tomó el álbum de sueños y salió a la azotea. Contempló el brillo cósmico de la noche. Si es cierto que por medio de esos ritos se puede causar tanto daño, ¿quién podría demostrar ante un tribunal, con argumentaciones lógicas y pruebas científicas, que tres viejas chochas han ejecutado durante más de treinta años esos especiales encargos? ¿Qué tipo de clientes han tenido, qué personas han sido ésas, capaces de pagar una cantidad importante por arruinar una vida? ¿Qué evidencias probarían que han sido las artífices de todos esos crímenes? Es mejor no creer en espíritus ni en magias negras; de lo contrario, si hubiera una mínima posibilidad de suponer que tales cosas son ciertas: ¿cómo poder vivir tranquilo? ¿Cómo recordar a tata Mimí, sino como una asesina, como una mujer vil y horrible? Acaso por eso, mamá decía que eran malas, y por eso dejó de hablarse con ellas, mamá tiene que saber algo que no me ha contado, seguro. El silbido de la respiración se suspendía y regresaba en el aire vago como un oleaje de aguas intranquilas. Nicolás se giró de súbito, creyó ver una sombra alargada que se deslizaba y se ocultaba tras los muros. Pensó en el hombre alto que había visto en la alcoba donde velaban al cadáver. No se lo habían presentado y no sabía qué tipo de relación mantenía con las viejas. Sus ojos escrutaron aquellas manchas fluctuantes: sólo sombras de la ropa tendida que mecía la fresca brisa de la madrugada. El trayecto que seguían sus ojos se paralizó cuando alcanzó la

silueta de la barroca torre de la iglesia. De nuevo creyó ver en su cúpula un cráneo pelado que lo miraba y le sonreía. La respiración iba y venía. Será mejor que baje. Quiero irme de aquí. Esto ha sido una encerrona de esas dos y de Rosario. Quieren que crea que tata no ha sido más que una mujer abominable: una bruja; quieren que la recuerde como una bruja manchada de pecados, de ignominias; quieren que destruya su memoria.

El cadáver parecía flotar en las tinieblas de la alcoba, entre los fuegos carmesíes de las velas que tejían una red con garras de dragones, entre los vapores dulzones de la alhucema quemada, el efluvio de las flores en descomposición, la pestilencia del avispero de mujeres arrinconadas que se afligían al unísono, como si todas ellas formaran el cuerpo de un animal negro de varias cabezas que ha abandonado su inmemorial cueva para recorrer prados y bosques en busca de una doncella con la que satisfacer sus aborrecibles apetitos. El hombre alto no apartaba sus ojos, negros y duros, de Nicolás; éste no pudo evitar un estremecimiento involuntario. Las niñas parecían reír, al principio quedamente, como si intentaran reportarse; luego, sus risas se fueron haciendo más y más ostensibles, hasta que llegaron a ser auténticas carcajadas. El hombre dijo algo en una lengua incomprensible que hizo que se callaran al instante. Joaquina se alzó de su asiento y se plantó ante Nicolás. “Ahora tienes lo que querías. Es mejor que te vayas.” Nicolás permaneció quieto en su asiento. Vio que la vieja le sonreía amablemente, con una dulzura maternal a la que no daba crédito. “Piensa que enviudamos pronto, en unos tiempos difíciles, nuestros maridos eran unos pobres diablos que no tenían donde caerse muertos, de alguna manera teníamos que sobrevivir. Emilia siempre tuvo ese poder en la mirada. Tú madre sabía que tata podía matar con la mirada; si Emilia miraba mal a uno, ése moría al día siguiente. Todas lo sabíamos, y todas, cuando niñas, la temíamos. Su hijo..., claro, tú no sabías que ella tuvo un hijo que heredó ese poder. Déjame que te cuente algo. Emilia se quedó embarazada de uno que después no quiso saber nada de ella ni del niño; en fin, la misma historia de siempre. El caso es que tuvo al niño en secreto y luego se lo dio a una familia de extranjeros, gente con dinero que pudo criar al hijo como Dios manda, pero, bueno, eso ahora ya no importa. Por eso, ella quería que tú guardaras su álbum de sueños, porque ella veía en ti al hijo que tuvo que entregar. Y aquel niño es ya un hombre, y él está ahora con nosotras, ha vuelto del extranjero para quedarse con su auténtica familia.” Joaquina, envuelta en sus fúnebres ropajes, se retiró lentamente y regresó a su

asiento. Durante unos minutos sólo se escuchó el zumbido tétrico de las plañideras; pero al rato, las niñas volvieron a reír, más y más, a mezclar sus risas alocadas con chillidos agudísimos y horripilantes. Nicolás entonces comprobó que no eran niñas, sino enanas de arrugados rostros infantiles. Quiso preguntar quiénes eran aquellas mujeres, pero sintió un golpe dentro del pecho que lo dejó sin aliento. El álbum de sueños se desprendió de las manos de Nicolás. El hombre alto, hierático y silencioso, mantenía firme su funesta mirada sobre el cuerpo de Nicolás que sin remedio caía al suelo de bruces.

OFFICIUM DEFUNCTORUM de Rafael Ramírez Escoto se publicó en Madrid en 2004, en Artifex (Especial Gadir).

Documento procedente de <http://www.rafalescoto.com>

© Rafael Ramírez Escoto, 2006